

VERDAD DE LA OTRA VIDA.

Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.

Estos irán al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna.

(MATT. XXV, 46.)

Ved aquí en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved aquí, finalmente, el término de las vanas reflexiones de los sábios y de los entendimientos rebeldes; de las dudas é incertidumbres eternas de los incrédulos; de los vastos proyectos de los conquistadores; de los monumentos de la gloria humana; de los cuidados de la ambicion; de las distinciones de los talentos; de las inquietudes de la fortuna; de la prosperidad de los imperios, y de todas las frívolas revoluciones de la tierra. Esta será la terrible solucion que nos manifestará, por último, los misterios de la Providencia en orden á los diversos destinos de los hijos de Adán, y que justificará su conducta en el gobierno del universo. Esta vida no es más que un rápido instante y el principio de otra vida eterna; la suerte de todos los hombres se dividirá en unos tormentos que nunca se han de acabar, ó en las delicias de una felicidad inmortal: y nuestro destino ha de ser uno de estos dos extremos.

Con todo eso, la imágen de este grande espectáculo, que en otro tiempo fué suficiente para asustar la ferocidad de los tiranos, para hacer temblar la constancia de los filósofos, para turbar las delicias y el regalo de los césares, para domesticar á los pueblos más bárbaros, para formar tantos mártires, para poblar los desiertos, y sujetar todo el universo al yugo de la cruz; esta imágen tan terrible, hoy ya casi no está destinada más que para asustar la timidez del pueblo sencillo; aquellos grandes objetos han venido á ser pinturas vulgares, que casi no nos atrevemos á exponer á la falsa delicadeza de los poderosos y de los sábios del mundo; y el fruto que regularmente sacamos de este género de discursos, es el que al salir de ellos preguntan, si todo sucederá como lo hemos dicho.

Porque vivimos en un tiempo, en que ha naufragado la fe de muchos.

Y á la verdad, no me admiro de que unos hombres disolutos duden de la eternidad, y procuren combatir y debilitar una verdad tan propia para turbar sus pecaminosas delicias. Terrible cosa es el esperar una infelicidad eterna. El mundo no tiene placer que dure á vista de un pensamiento tan triste, y por eso ha procurado siempre borrarle del corazon y del espíritu de los hombres.

Quitemos, pues, á la corrupcion del corazon humano un apoyo tan débil y tan monstruoso. Hagamos ver á las almas disolutas, que han de sobrevivir á sus desórdenes, que no todo muere con el cuerpo, que esta vida acabará sus delitos, pero no sus desgracias; y para mejor confundir la impiedad, impugnemós los vanos pretextos en que se funda. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Sin duda que es cosa terrible, el haber de justificar en presencia de unos fieles la verdad de mayor consuelo que tiene la fe; el haber de probar á unos hombres á quienes se les ha anunciado á Jesucristo, que su alma, al salir de esta casa terrestre, ha de volver al seno de Dios, de donde habia salido, y ha de ir á habitar á la region eterna de los vivos, en donde á cada uno se le ha de dar segun sus obras. La falsa incertidumbre de la otra vida es el primer fundamento de la seguridad de las almas incrédulas. Nadie sabe lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan, suelen decir. Ningun muerto nos lo ha venido á contar, y puede ser que todo se acabe con la muerte; gocemos de lo presente, y dejemos al acaso lo porvenir, ó lo que no existe, ó á lo ménos, lo que no quisiéramos conocer. Demostremosles, pues, que esta incertidumbre es sospechosa, por razon del principio de que procede; es insensata, por las razones en que se funda; y terrible por sus consecuencias.

Es sospechosa por razon del principio de que procede; porqué ¿cómo se ha formado en el espíritu del impío esta incertidumbre de lo porvenir? Para averiguar si una opinion se ha formado en la tierra por los intereses de la verdad, ó por los de las pasiones, basta averiguar su origen. El impío nació con los principios de religion natural, comunes á todos los hombres; halló escrita en su corazon una ley que prohibia la violencia, la injusticia, la perfidia, y todo cuanto él no quisiera padecer en sí mismo: la educacion fortificó estos dictámenes de la naturaleza; le enseñaron á conocer á un Dios, á amarle y á temerle; le enseñaron la virtud en los preceptos, se la hicieron amable con los ejemplos. ¿De qué proviene, pues, que ya

no conoce á Dios; que los delitos le parezcan prohibiciones de la política humana, el infierno una preocupacion, la otra vida una quimera, y el alma un aliento que perece con el cuerpo? ¿Por qué grados ha llegado á estos conocimientos tan nuevos y extraordinarios? ¿Ha consultado? ¿Se ha valido de todas aquellas serias precauciones que pide el negocio más importante de su vida? ¿Se ha retirado del comercio de los hombres para dar más lugar á las reflexiones y al estudio? ¿Ha purificado su corazon temiendo que le engañasen las pasiones? ¿Qué cuidados no se necesitan para desvanecer las primeras ideas de que ha sido imbuida el alma desde el principio! Escuchadlos, y admirad aquí la justicia de Dios para con los hombres corrompidos, que entrega á la vanidad de sus discursos. A proporción que se han ido desarreglando sus costumbres, les han ido pareciendo sospechosas las reglas; para hacerse impío ha cerrado todos los caminos que podian guiarle á la verdad, no mirando la religion como un negocio serio, no examinándola sinó para deshonrarla con blasfemias y graciosidades sacrilegas; no ha llegado á ser impío sinó procurando obstinarse contra los gritos de su conciencia, y entregándose á los más infames deleites.

El desórden del corazon es la raíz de la incredulidad. Enseñadme, si podeis, unos hombres prudentes, veraces, castos, arreglados, sóbrios, que no crean en Dios, que no esperen la eternidad, que tengan á los adulterios, á las abominaciones, á los incestos, por inclinaciones y juegos de una naturaleza inocente; si ha habido en el mundo algunos impíos que parecian prudentes y sóbrios, era, ó porque ocultaban mejor sus desórdenes para dar más crédito á su impiedad, ó porque saciados de los deleites habian llegado á esta falsa templanza. Los excesos fueron siempre la primera raíz de su irreligion. Ya estaba corrompido su corazon ántes que naufragase su fe: tenian interés en creer que todo muere con el cuerpo ántes de habersele llegado á persuadir; y aunque el demasiado uso de los deleites pudo disgustarlos de la culpa, no pudo hacerles amable la virtud. ¡Oh, qué consuelo para nosotros que creemos, el saber que es preciso renunciar á las buenas costumbres, á la probidad, al pudor y á todos los pensamientos de humanidad, ántes de renunciar á la fe, y dejar de ser hombre para no ser cristiano!

Ved ya la incertidumbre del impío, sospechosa en su principio. Pero, en segundo lugar, es insensata por las razones en que se funda. Porque para abrazar el funesto partido de no creer cosa alguna, y vivir tranquilos en órden á todo lo que nos dicen de la futura eternidad, se necesitan sin duda unas razones muy decisivas y convincent-

tes. No es cosa natural que el hombre aventure un interés tan serio como es el de su eternidad, fundado en pruebas leves y frivolas; aún ménos natural es el que en este asunto abandone el comun dictámen, la fe de sus padres, la religion de todos los siglos, el consentimiento de todos los pueblos, las instrucciones de su educacion, si no se hallara como precisado por la evidencia de la verdad. Si el impío no está bien asegurado de que todo muere con el cuerpo, no hay cosa igual á su locura y extravagancia; ¿y podrá estar bien asegurado de esto? ¿Cuáles son las poderosas razones que le han determinado á tomar este fatal partido? No sabemos, dice, lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. El justo muere como el impío, el hombre como la bestia, y ninguno vuelve de allá para decirnos cual de los dos se engañó. Apurad aún más, os espantareis de ver la flaqueza de la incredulidad, los discursos vagos, las dudas despreciables, las incertidumbres eternas y las suposiciones quiméricas, que no serian suficientes para arriesgar la felicidad ó desgracia de uno de sus dias; y se atreve, fundado en ellas, á aventurar una eternidad toda entera. Ved aquí las invencibles razones que opone el impío á la fe de todo el universo; ved aquí aquella evidencia que excede en su entendimiento á lo más evidente y mejor fundado que hay en la tierra. ¡No sabemos lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan! ¡Oh hombre! abre aquí los ojos. Una sola duda basta para hacerte impío; ¿y no han de bastar todas las pruebas de la religion para hacerte fiel? ¿Dudas si hay otra vida, y, no obstante, vives como si no la hubiese? ¿No tienes más fundamento de tu opinion que tu propia incertidumbre, y reprendes nuestra fe como una credulidad vulgar?

Pero yo os suplico que me digais de parte de quién está la credulidad en este punto, si está de parte del impío, ó del fiel. El fiel cree en la eternidad, fundado en la autoridad de las divinas Escrituras, esto es, en el libro que sin contradiccion merece la mayor creencia; en el testimonio de los hombres apostólicos, esto es, de unos hombres justos, sencillos, milagrosos, que derramaron su sangre por dar gloria á la verdad, y á cuya doctrina ha dado la conversion del universo un testimonio que hasta el fin de los siglos se levantará contra el impío; en el cumplimiento de las profecias, esto es, en la única señal de verdad que no puede imitar la impostura; en la tradicion de todos los siglos, esto es, en unos hechos que han tenido por ciertos los mayores hombres que ha habido en el mundo desde su creacion, y que han confesado los justos y los pueblos más sábios y políticos; en una palabra, en unas pruebas que, aún cuando no fueran ciertas, á lo ménos son verosímiles. El impío niega la eternidad, fundado en

una simple duda, ó en una pura sospecha: ¿quién hizo esta eternidad, nos dice? ¿Quién ha vuelto de allá? No tiene razon alguna sólida ni decisiva para impugnar la verdad de lo porvenir, y si no, díjala, y nos daremos por vencidos. No hace más que desconfiar de que haya otra vida despues de ésta, y lo cree así sin más fundamento que su desconfianza. Ahora os pregunto: ¿cuál de los dos es el crédulo? ¿Es acaso el que funda su creencia en lo que, por lo ménos, tiene más verosimilitud entre los hombres y es más conforme á la razon, ó el que fundado en la debilidad de una simple duda, se determina á creer que no hay eternidad? Con todo eso, al impío le parece que se aprovecha más de su razon que el fiel. Nos mira como á hombres flacos y crédulos; se considera á sí mismo como un espíritu superior á las preocupaciones vulgares, y solo cede á la razon, y no á la opinion comun. ¡Oh Dios! ¡qué terrible sois cuando entregais el pecador á su ceguedad, y cómo sabeis sacar vuestra gloria de los mismos esfuerzos que hacen vuestros enemigos para combatirla!

Pero quiero pasar más adelante: aún cuando hubiere algun fundamento para la duda que se forma el impío de lo porvenir, y aún cuando las vanas incertidumbres que le hacen incrédulo, contrapesasen á las sólidas y evidentes verdades que nos prometen la inmortalidad; digo, que aún cuando esta igualdad fuera cierta, debiera á lo ménos desear que fuese verdadero lo que propone la fe en órden á la inmortalidad de nuestras almas, una creencia que tanto honor hace al hombre, que le enseña que su origen es celestial y eternas sus esperanzas; debiera desear que la doctrina de la impiedad fuese falsa; una doctrina tan funesta y de tanto abatimiento para el hombre, que le confunde con las bestias, que le hace vivir solo para el cuerpo; que no le dá ni fin, ni destino, ni esperanza; que limita su suerte al corto número de dias rápidos, inquietos y dolorosos que vive en la tierra. Aún en iguales circunstancias, un entendimiento sublime quisiera más engañarse honrándose, que abrazando un partido ignominioso á su sér. Además de esto, no solamente es insensato el impío, porque en iguales circunstancias debieran su corazon y su gloria decidir en favor de la fe; porque ¿qué aventura el impío en creer? Lo más que perderia serian algunos placeres sensuales y rápidos, que muy presto, ó le cansan con el disgusto que se subsigue, ó le tiranizan con los nuevos deseos que despiertan; perderia la funesta satisfaccion de ser, para un instante que ha vivido en la tierra, cruel, desnaturalizado, sensual, sin fe, sin buenas costumbres, sin conciencia, y aún acaso despreciado y deshonrado en su pueblo. Pero, si hay una vida eterna, y si se engaña, no queriendo creerla, ¿á qué

no se expone? á la pérdida de los eternos bienes y de la posesion de vuestra gloria; oh Dios mio! con la que habia de ser eternamente dichoso. Pero esto no es más que el principio de sus desgracias: hallará un fuego abrasador, un suplicio sin fin y sin medida, una eternidad de horror y de desesperacion. Comparad, pues, estas dos suertes, y ved que partido debe tomar el impío. ¿Deberá arriesgar la corta duracion de algunos dias, ó una eternidad toda entera? ¿Se fiará de lo presente, que se ha de acabar mañana, y con lo que no puede ser feliz, ó temerá lo porvenir, que no tiene otros límites que la eternidad, y que ha de durar tanto como el mismo Dios? ¿Qué hombre prudente, aún cuando fuera igual la incertidumbre, se atreverá á dudar en este punto?

Pero, permitidme aquí que deje por ahora las poderosas razones de la doctrina, y que hable solamente con la conciencia del incrédulo, valiéndome para prueba de lo que siente en su interior. Ahora bien, si todo se ha de acabar con nosotros; si el hombre nada debe esperar despues de esta vida; si esta es nuestra pátria, nuestro origen y la única felicidad que podemos prometernos; ¿por qué no somos felices en ella? Si no nacemos más que para los deleites de los sentidos, ¿cómo no pueden éstos satisfacernos, y dejan siempre molestias y tristezas en nuestro corazon? Si el hombre en nada excede á la bestia. ¿por qué no pasa sus dias como ella, sin cuidado, sin inquietud, sin disgusto y sin tristeza, en la felicidad de los sentidos y de la carne? Si el hombre no tiene que esperar más felicidad que la temporal, ¿cómo no la halla en cosa alguna de la tierra? ¿De qué proviene esto? ¡Oh hombre! ¿no consiste en que la tierra no es tu propio lugar; en que fuiste hecho para el cielo; en que tu corazon es mayor que el mundo; en que la tierra no es tu pátria, y en que todo lo que no es Dios, es nada para tí? Responded, si teneis qué, ó por mejor decir, preguntad á vuestro corazon, y sereis fiel. En segundo lugar; si todo muere con el cuerpo, ¿quién pudo persuadir á todos los hombres, en todos los siglos, y en todos los países, que su alma era inmortal? ¿De dónde le pudo venir al género humano esta extraña idea de inmortalidad? Registrad todos los siglos desde su nacimiento; recorred todas las naciones; leed la historia de los reinos y de los imperios; escuchad á los que vienen de las islas más remotas; todos los pueblos del universo han creído siempre, y aún hoy creen, la inmortalidad del alma. Esto no ha sido por una secreta inteligencia: porque ¿quién podrá hacer que todos los hombres de todos los países conviniesen entre sí en un mismo pensamiento? Tampoco puede consistir en una preocupacion de la educacion, porque los usos, las cos-

tumbres, el culto, que por lo comun son efectos de las preocupaciones, no son los mismos en todos los pueblos; pero la opinion de la inmortalidad es comun á todos. Tampoco puede consistir en que esta opinion sea una secta, porque además de ser la religion universal del mundo, este dogma nunca tuvo protector ni cabeza. Los hombres se le han persuadido ellos mismos, ó por mejor decir; la naturaleza se le ha enseñado sin socorro de maestro; y es el único que desde el principio del mundo ha pasado de padres á hijos, y se ha mantenido siempre en la tierra. Oh tú, cualquiera que creas ser un conjunto de barro, sal del mundo en donde eres solo de esta opinion. Vé á buscar en otra tierra hombres de otra especie y semejantes á las bestias; ó por mejor decir, horrorízate de tí mismo al verte como solo en el universo, rebelde contra toda la naturaleza, y desconocido á tu propio corazon, ó acaba de conocer en la comun opinion de todos los hombres, la impresion comun del Autor que los formó á todos. Tenemos, pues, que la incertidumbre del impío es sospechosa en su principio; insensata por las razones en que se funda, y funesta por sus consecuencias; y despues de haberos manifestado que no hay cosa más opuesta á la recta razon que la duda que forma el impío de la eternidad, acabaré de confundir sus pretextos probando, que no hay cosa más opuesta á la idea de un Dios sábio y al dictámen de la propia conciencia.

2. Sin duda que admira el que el impío busque en la misma grandeza de Dios la proteccion de sus delitos; y que no hallando en su interior cosa alguna que pueda justificar los horrores de su alma, quiera hallar en la terrible majestad del Sér supremo, una indulgencia que no puede hallar en la misma corrupcion de su corazon. Y á la verdad; ¿puede convenir á la grandeza de Dios, dice el impío, el ocuparse en lo que pasa entre los hombres, el contar sus vicios ó sus virtudes, el estudiar hasta sus pensamientos y sus infinitos y frívolos deseos? El dar á un Dios, que nos dicen ser tan grande, una ocupacion que no sería digna ni aún de un hombre, ¿no es pensar de él con demasiada bajeza? Pero ántes de aclarar toda la extravagancia de esta blasfemia, os suplico que advirtais, que el mismo impío es quien en esto degrada la grandeza de Dios y le hace semejante al hombre. Porque ¿necesita Dios acaso acercarse á observar á los hombres para conocer sus acciones y pensamientos? ¿Necesita de cuidado y observacion para ver lo que pasa en la tierra? ¿No vivimos, no nos movemos y no estamos en él? ¿Podemos nosotros evitar el que nos vea, ó puede él dejar de ver nuestros delitos? La única ocupacion de Dios es el conocerse y gozar de sí mismo.

Supuesta esta reflexion, respondo primeramente: si fuera conveniente á la grandeza de Dios dejar á los buenos y á los malos sin castigo y sin recompensa, lo mismo importaria el ser justo, sincero, amable y caritativo, que cruel, falaz, pérfido y desnaturalizado: Dios, en tal caso, no amaria más la virtud, la vergüenza, la rectitud y la religion, que la deshonestidad, la mala fe, la impureza y el perjurio; pues el justo y el injusto, el puro y el impuro, tendrían la misma suerte, y la eterna aniquilacion los igualaria y confundiria muy presto para siempre en el horror del sepulcro. Pero ¿qué digo! Acá en la tierra, parece que el mismo Dios se declara contra el justo en favor del impío; eleva á éste como al cedro del Líbano, le llena de honores y riquezas, favorece sus deseos y facilita sus proyectos, porque los impíos casi siempre son felices en la tierra; por el contrario, parece que se olvida del justo, le abate, le aflige, le entrega á la calumnia y al poder de sus enemigos, porque en la tierra la afliccion y el oprobio son regularmente el patrimonio de los justos. ¿Qué mónstruo sería la divinidad si todo se acabara con el hombre, y si no hubiera más bienes ni más males que esperar que ¡los de esta vida! En este caso, la divinidad sería la protectora de los adulterios, de los sacrilegios y de los más horribles delitos; la perseguidora de la inocencia, del pudor, de la piedad y de las más puras virtudes; sus favores serían premio del delito, y sus castigos la única recompensa de la virtud. ¡Oh Dios mio! si este fuera el carácter de vuestro Sér supremo; si os hubiéramos de adorar, formando de vos unas ideas tan infames, yo no os reconoceria por mi padre, por mi protector, por consolador de mis trabajos, por alivio de mi flaqueza y remunerador de mi fidelidad.

Por último, si no hubiera eternidad, ¿qué fin hubiera podido proponerse, que fuese digno de su sabiduría, en criar á los hombres? ¿No habia de haber tenido más fin en formarlos, que en formar las bestias? El hombre, éste sér tan noble, que halla en sí tan altos pensamientos, tan vastos deseos, ideas tan grandes, capaces de amor, de verdad y de justicia; ¿no habia de haber sido hecho más que para la tierra, para pasar un corto número de dias, como las bestias, en ocupaciones frívolas, ó en deleites sensuales? ¿Se habia de reducir su suerte á hacer una figura tan ridícula? ¿No habia de haber venido á la tierra más que para servir de irrision y ser tan digno de lástima? Y despues de esto, ¿habia de volver á caer en la nada, sin haber hecho uso alguno del vasto entendimiento y del gran corazon que le dió el autor de su sér? ¡Oh, Dios mio! ¿qué sería de vuestra sabiduría, si no hubiera hecho una tan grande obra más que para un poco de tiempo; si no hubiera criado á los hombres más que para servir de

juguete á vuestro poder, y divertiros con la variedad de estos espectáculos? Luego, el Dios que se forman los impíos, solo es grande por ser más injusto, más inconstante y más despreciable que el hombre. Seguid estas ideas, si podeis conformaros con su extravagancia.

¿Qué cosa, pues, hay más digna de Dios, que velar sobre el universo, gobernar los hombres que ha criado con leyes de justicia, de verdad, de caridad, de inocencia, y hacer de la razon y de la virtud el vínculo y el fundamento de la sociedad humana? ¿Qué cosa más digna de Dios, que amar en sus criaturas las virtudes que á él mismo le hacen amable; el aborrecer en ellas los vicios con que desfiguran su imágen; el no confundir para siempre al justo con el impío; el hacer felices en su compañía á las almas que solamente han vivido para él; el entregar á su propia desgracia á las que han creído hallar fuera de él su felicidad?

Pero, supuesto que este Dios es tan justo, dice el impío, ¿cómo ha de castigar como delitos unas inclinaciones al deleite que nacieron con nosotros y que él mismo nos dió? Última blasfemia de la impiedad, y última parte de este discurso. Primeramente, seais quien fueris los que hablais tan neciamente, si quereis justificar todas vuestras obras con las inclinaciones que os mueven á ellas; si todo lo que deseamos es lícito, si nuestras inclinaciones deben ser la única regla de nuestra obligacion, fundados en este principio, no teneis más que hacer que envidiar la fortuna de vuestro prójimo para que os sea permitido el despojarle de ella; desear su mujer con un corazón corrompido, para autorizar la transgresion, violando la santidad del lecho nupcial, sin que á esto puedan oponerse los más sagrados derechos de la sociedad y de la naturaleza; en una palabra, no teneis más que hacer que tener en vosotros las inclinaciones á todos los vicios, para que todos os sean lícitos; y como cada uno halla en sí estas funestas raices, ninguno estará exento de este horrible privilegio. Necesita, pues, el hombre de otras leyes para gobernarse más que sus pasiones, y otra regla más que sus deseos. Aún en los siglos paganos, se reconoció la necesidad de una luz superior á los sentidos, que arreglase las costumbres é hiciese de la razon freno para las pasiones humanas. Sola la naturaleza les guiaba al conocimiento de esta verdad, y les enseñaba que el ciego instinto no debia ser la única guia de las acciones del hombre. Por otra parte: hagamos justicia al hombre, ó por mejor decir, al autor que le formó. Así como hay en nosotros inclinaciones al vicio, ¿no las hay tambien á la virtud, al pudor y á la inocencia? Si la ley de los miembros nós lleva hácia los deleites de los sentidos, ¿no tenemos otra ley escrita en nuestros corazones,

nes, que nos llama á la castidad y á la templanza? ¿Por qué ha de decidir el impío entre estas dos inclinaciones, que la que nos inclina á los sentidos es más conforme á la naturaleza del hombre? Finalmente, si todos los hombres estuvieran corrompidos, y si todos se entregaran ciegamente, como los animales irracionales, á su brutal instinto y al imperio de los sentidos y de las pasiones, acaso tendríais razon para decirnos que estas eran unas inclinaciones inseparables de la naturaleza, y hallaríais en el comun ejemplo, excusa á vuestros desórdenes. Pero, miradlo bien: ¿no hallais algunos justos en la tierra? ¿no hay algunas almas fieles, castas, timoratas, que viven en el temor del Señor y en la observancia de su santa ley? Pues ¿por qué vosotros no habeis de tener el mismo imperio que estos justos sobre vuestras pasiones? ¡Oh hombre, imputas á Dios una flaqueza que es obra de tus propios desórdenes! ¡Acusas al Autor de la naturaleza de los desórdenes de tu voluntad! ¡No te basta el ultrajarle, sinó que quieres hacerle responsable de los ultrajes que le haces!

¿Y qué debemos inferir de este discurso? Que es digno de lástima el impío por buscar en una funesta incertidumbre acerca de las verdades de la fe, la más suave esperanza de su suerte. Que es digno de lástima por no poder vivir tranquilo, sinó viviendo sin fe, sin culto, sin Dios y sin confianza. Que es digno de lástima, si para que no sea eternamente feliz, es menester que el Evangelio sea una fábula, la fe de todos los siglos una credulidad, el dictámen de todos los hombres un error vulgar, los primeros principios de la naturaleza y de la razon, preocupaciones de la niñez, la sangre de tantos mártires, á los que la esperanza de la otra vida mantenía en los tormentos, un juego concertado para engañar á los hombres, la conversion del universo una empresa humana, el cumplimiento de las profecias una casualidad; y por decirlo de una vez, si para que no sea eternamente desgraciado, es preciso que sea falsa toda la doctrina más bien fundada del mundo. ¿Qué locura es el aspirar á vivir tranquilos entre tantas suposiciones insensatas! ¡Oh hombres, yo os manifestaré un camino más seguro para que vivais sosegados! Temed la eternidad, que tantos esfuerzos haceis para no creer. No nos preguntéis ya, que es lo que pasa en la otra vida de que hablamos; sinó preguntaos á vosotros mismos; ¿qué es lo que haceis en ésta en que vivís? Sosegad vuestra conciencia con la inocencia de vuestras costumbres, y no con la impiedad de vuestros pensamientos; sosegad vuestro corazón llamando á Dios, y no dudando que os mira; la paz del impío no es más que una funesta desesperacion; buscad vuestra felicidad, no sacudiendo el yugo de la fe, sinó experimentando su suavidad; practicaad

las máximas que os ordena, y no rehusará vuestro entendimiento el someterse á los misterios que ella manda creer, luego que dejes de vivir como los que limitan toda su felicidad al corto espacio de esta vida, dejará de pareceros increíble la eternidad: entónces, léjos de temerla, la deseareis; suspirareis por aquel dia feliz en que el Hijo del hombre, el Padre del futuro siglo, ha de venir á castigar á los incrédulos, y á llevar á su reino á todos los que hubieren vivido con la esperanza de la feliz inmortalidad, que á todos os deseo. Amen.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram. Genes. i, 26. Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra.

Non derelinques animam meam in inferno; nec dabis sanctum tuum videre corruptionem. Psalm. xv, 10. Yo sé que no has de abandonar tú, oh Señor, mi alma en el sepulcro; ni permitirás que tu santo experimente la corrupcion.

Ego in justitia apparebo conspectui tuo: satiabor cum apparuerit gloria tua. Psalm. xvi, 15. Yo compareceré en tu presencia con la justicia de mis obras; y quedará plenamente saciado, cuando se me manifestará tu gloria.

In malitia sua expelletur impius: sperat autem justus in morte sua. Prov. xiv, 32. Desechado de Dios será el impio por causa de su malicia; mas el justo aún en su muerte conserva la esperanza.

Vidi sub sole in loco judicii impietatem, et in loco justitiæ iniquitatem. Et dixi in corde meo: Justum et impium judicabit Deus, et tempus omnis rei tunc erit. Eccles. iii, 16, 17. He visto debajo del sol la impiedad en el lugar del juicio, y la iniquidad en el puesto de la justicia. Y he dicho luego en mi corazón: Dios ha de juzgar algún dia al justo y al impio: y entónces será el tiempo de ordenar todas las cosas.

Memento Creatoris tui in diebus juventutis tuæ, ut tequam veniat tempus afflictionis... et revertatur pulvis in terram suam unde erat, et Acuérdate de tu Criador en los dias de tu juventud, ántes que con la vejez venga el tiempo de la afliccion... ántes que el polvo se

spiritus redeat ad Deum, qui dedit illum. Idem xii, 1, 7.

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori; et æstimata est afflictio exitus illorum; et quod á nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. Sap. iii, 1, 2, 3, 4.

Nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere. Matth. x, 28.

Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam. Idem xxv, 46.

Ego sum resurrectio et vita; qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet; et omnis, qui vivit, et credit in me, non morietur in æternum. Joann. xi, 25.

Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus. I Cor. xv, 19.

vuelva á la tierra de donde salió, y el espíritu vuele á Dios, que le dió el sér.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellas el tormento de la muerte eterna. A los ojos de los insensatos pareció que morian; y su tránsito se miró como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos, á la verdad, reposan en paz. Y si delante de los hombres han padecido tormentos, su esperanza está llena ó segura de la feliz inmortalidad.

Nada temais á los que matan al cuerpo, y no pueden matar al alma.

En consecuencia irán estos al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna.

Yo soy la resurreccion y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive, y cree en mí, no morirá para siempre.

Si nosotros solo tenemos esperanza en Cristo miéntras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Immortalis est anima tua, et vivificat mortalem carnem tuam; immortalis dico animam tuam ad utrumque; si credit, immortalis est Tu alma es inmortal y vivifica tu cuerpo mortal; tu alma, digo, es inmortal para una y otra suerte: si tiene fe, es inmortal para la

ad vitam; si non credit, immortalis est ad pœnam. S. Aug. lib. 3 de Symbol.

Cum te Deum quero, vitam beatam quero. Quœram te, ut vivat anima mea: vivit enim corpus meum de anima mea, et vivit anima mea de te. Idem lib. 10 Confess.

Si magnæ mercedis est à morte eripere carnem, quamquam morituram; quanti est meriti à morte liberare animam, in cœlesti patria sine fine victuram? S. Greg. Hom. 23.

Tres vitales spiritus creavit omnipotens Deus: unum qui carne non regitur; alium qui carne regitur, sed non cum carne moritur: tertium qui carne regitur, et cum carne moritur. Primus angelorum, secundus hominum, tertius brutorum animalium. Idem lib. Dialog.

Advertistis tres esse sanctorum status animarum: primum videlicet in corpore corruptibili; secundum sine corpore; tertium in corpore jam glorificato: primum in militia, secundum in requie, tertium in beatitudine consummata. S. Bern. serm. 107.

O anima insignita Dei imagine, decorata similitudine, desponsata in fide, redempta sanguine, deputata cum angelis, capax beatitudinis... quid tibi cum carne, qua haud aliud vilius sterquilinum invenisti? Idem in medit.

vida eterna; si no la tiene, fe, inmortal para las penas eternas.

Cuando te busco á tí, Dios mio, busco la vida feliz. Te buscaré, pues, para que viva mi alma, pues así como mi cuerpo vive por mi alma, así mi alma vive por tí.

Si es digno de gran premio el salvar la vida del cuerpo, que al fin debe morir; ¿de cuánto mayor mérito no será librar de la muerte al alma, destinada á vivir eternamente en la pátria celestial?

Tres espíritus animados crió el omnipotente Dios: uno que no vive unido á ningun cuerpo; otro que vive unido al cuerpo, pero que no muere con él; otro que vive unido al cuerpo y muere con él. El primero es el ángel, el segundo el hombre, el tercero es el espíritu de los irracionales.

Habéis visto los tres estados en que pueden hallarse las almas santas: el primero, unidas al cuerpo corruptible; el segundo, separadas de él; y el tercero, unidas al cuerpo ya glorificado: el primer estado es el de lucha; el segundo, de descanso; el tercero, de una bienaventuranza consumada.

¡Oh alma ennoblecida con la imágen de Dios, condecorada con su semejanza, desposada con él por la fe, redimida con su sangre, destinada á vivir con los ángeles y capaz de una eterna bienaventuranza! ¿qué tienes que ver con tu carne, que es lo que hay de más inmundo?

Opinio immortalitatis animæ fundamentum religionis et honestatis; quam quis non credit, tollit spem ulterius vitæ, et nihil restat nisi prostitutio virtutum. Guill. Paris. lib. de immortal. animæ.

La sentencia de la inmortalidad del alma es la base de la religion y de la moral; porque el que no la cree, al perder la esperanza de otra vida mejor, solo puede presenciar la prostitucion y ruina de toda virtud.

VERDAD.

(AMOR Y TEMOR DE LA)

Veritatem requireret Dominus.
El Señor inquirirá la verdad.

(PSALM. XXX, 24.)

No hay cosa alguna en que los movimientos de nuestro corazon sean más equívocos, y en que el hombre parezca más contrario á sí mismo, que cuando se trata de la verdad. Él la ama y la aborrece; la busca y la huye; se regocija con ella, y por ella se aflige algunas veces; consiente con gusto en lo que le dicta, y otras las resiste con obstinacion; en muchas ocasiones triunfa por que la ha conocido, y en otras quisiera desterrarla para siempre de su espíritu; finalmente, el dejarse vencer de la verdad lo tiene á mucha honra y gloria suya muchas veces, pero en algunas ocasiones halla en eso mismo su mayor tormento. ¿Qué cosa hay, pues, que en la apariencia se acerque más á la contradiccion que estos impulsos y sentimientos, y esta conducta tan opuesta? Para concordar todo esto, distingo dos especies de verdades, que se dirigen á nosotros, y en cuyo uso consiste toda la perfeccion, ó todo el desórden de nuestra vida. Hay una verdad que nos reprende, y hay una verdad que nos lisonjea: la primera nos manifiesta lo que tenemos de defectuosos y viciosos; y la segunda nos representa lo que tenemos, ó lo que creemos tener de laudable y bueno. Esto supuesto, intento haceros ver que es fácil concordar estas contrariedades que, segun parece, dividen el corazon del hombre en